

## FORO

# ¿GEOPOLÍTICA DEL CAOS, ORDEN COSMOPOLITA Ó HEGEMONÍA NORTEAMERICANA?

Hernando Llano Ángel<sup>1</sup>

"La historia (history) aparece cada vez que ocurre un acontecimiento lo suficientemente importante para iluminar su pasado. Entonces la masa caótica de sucesos pasados emerge como un relato (story) que puede ser contado, porque tiene un comienzo y un final. Lo que el acontecimiento iluminador revela es un comienzo en el pasado que hasta aquel momento estaba oculto; a los ojos del historiador, el acontecimiento iluminador no puede sino aparecer como el final de este comienzo recientemente descubierto. Sólo podemos comprender un acontecimiento como el fin y la culminación de aquello que lo ha precedido, como la "consumación de los tiempos"; con la acción procedemos naturalmente desde el conjunto de circunstancias nuevas creadas por el acontecimiento, esto es, lo consideramos como un comienzo".

Básicamente deseo plantear tres ideas. La primera, trata de situar el rol de la política en las relaciones internacionales, pues considero imprescindible contar con un mínimo marco teórico que nos permita dilucidar el alcance de la misma en el denominado "orden internacional". La segunda, es abordar el análisis de la actual situación internacional bajo la perspectiva de los intereses geopolíticos que se encuentran en juego. Al respecto, lo haré bajo un epígrafe que diría más o menos lo siguiente: hay que revelar y combatir las falacias del maniqueísmo norteamericano en ésta coyuntura internacional, pues él oculta una nueva expresión de su hegemonismo. Y, por último, una breve digresión sobre los sentidos de la política que están en disputa en el campo de las relaciones internacionales.

Para empezar con la primera, uno podría decir que lo que ponen de presente los atentados contra las Torres de Manhattan y el Pentágono, como símbolos ya resaltados hasta la saciedad del poder financiero y militar de los Estados Unidos, es la emergencia de una crisis no solamente en el "orden internacional" sino también en las teorías clásicas que tratan de interpretar

<sup>1</sup> - Director y docente de la Carrera de Ciencia Política en la Pontificia Universidad Javeriana de Cali. Hannah Arendt, en "Comprensión y Política", tomado del libro "El resplandor de lo Público". Claudia Hilb (Comp.) Editorial Nueva Sociedad, 1994.

la naturaleza de las relaciones entre los Estados-Nación y subestiman otros actores no estatales en la arena de las relaciones internacionales.

Desde esta perspectiva, lo primero que habría que recordar, citando a Bernard Crick, es que en toda sociedad organizada siempre existe algún tipo de institución que tiene el poder indiscutible de la decisión final sobre las cuestiones en disputa en esa sociedad. Esa institución, históricamente y en la modernidad, ha sido precisamente el Estado-Nación, con su capacidad de tomar decisiones que son incluyentes para el conjunto de la población asentada sobre su territorio, además de ser concluyentes, en tanto dicha población no puede evadirlas so pena de que el Estado las haga efectivas a través de sus fuerzas coercitivas y su aparato judicial.

Justamente, en el campo de las relaciones internacionales, la primera conclusión paradójica que debemos reconocer es que no estamos propiamente ante una sociedad organizada, puesto que no se reconoce esa instancia supra-estatal con la capacidad y la fuerza legítima, reconocida por todos los Estados, para impartir un orden que se debe respetar y acatar a nivel mundial. No obstante la humanidad haber realizado esfuerzos ingentes en tal sentido durante el siglo XX, como la Sociedad de las Naciones y la actual Naciones Unidas, estamos muy lejos de alcanzar esa especie de instancia de lo que sería, metafóricamente hablando, un Gobierno Mundial, para resolver conflictos tan sui generis como el actual, donde no estamos frente a una guerra declarada por un Estado a otro, sino contra un nuevo actor, denominado terrorista por su modalidad de acción violenta contra civiles inermes, con tal capacidad de destrucción que genera no sólo una crisis en la potencia hegemónica norteamericana sino incluso a nivel mundial.

De ahí que este acontecimiento genere una emergencia, vuelvo a repetirlo, no sólo en el carácter de las relaciones internacionales, sino sobre todo en la teoría política de las relaciones internacionales. Aunque ya se venía trabajando, por parte de algunos teóricos de las relaciones internacionales, la aparición de estos nuevos actores no estatales y su enorme influencia en la recomposición del llamado "orden internacional".

Entre dichos analistas cabe mencionar dos investigadoras como Susan Stranger y Cintia Weber, quienes resaltan la crisis del Estado-Nación y de su soberanía, en tanto actor protagónico en el ámbito de las relaciones internacionales.

La violenta insurgencia de un grupo como el actor de los atentados mencionados, plantea de manera elocuente la necesidad de entrar a estudiarlo y considerarlo como un actor determinante en el ámbito de las relaciones internacionales, dada su capacidad desestabilizadora y cuestionadora de conceptos tan claves como el de la soberanía estatal. En efecto, pone de presente la crisis en la realidad actual de la soberanía estatal, pues como lo señalaba Carl Schmitt a mediados del siglo pasado, dicho concepto pertenece

al ámbito de lo excepcional, puesto que revela la capacidad de los Estados para defender y garantizar la seguridad de sus ciudadanos ante la eventualidad de una agresión exterior o interior.

En el caso de la superpotencia norteamericana se ha evidenciado su vulnerabilidad e incapacidad para prevenir el ataque y brindar así seguridad y libertad a sus asociados. En otras palabras, lo que se ha puesto en evidencia es que se ha desvanecido, así sea momentáneamente, la soberanía de la superpotencia, pues su impresionante poder tecnológico y militar ha sido incapaz de resguardar la seguridad y vida de su población.

Este es, entonces, el primer aspecto que quiero resaltar, para señalar que lo que surge es una especie de "geopolítica del caos", parafraseando a Le Mond Diplomatique, en un escenario donde los actores clásicos y protagónicos de las relaciones internacionales entran a ser desafiados por nuevos actores de carácter no estatal. En estas circunstancias el poder de los Estados queda desnudo y vulnerable. Siguiendo a Susan Stranger, cabría hablar de un Estado que se está desvaneciendo, una especie de "Estado Hueco", cuya soberanía es evanescente, puesto que se está evaporando por lo alto y también por lo bajo. Por lo alto, en el caso de procesos de integración interestatal como los de la Unión Europea, que entra a regular actividades de orden económico y social por encima del propio Estado nacional, aunque contando obviamente con la coordinación y concertación de sus correspondientes gobernantes.

Pero también esa soberanía hace agua por lo bajo, ante los embates de muchas autoridades regionales y locales que reclaman cada vez mayor autonomía del Estado central y generan así dinámicas centrífugas que, en algunas ocasiones, reclaman incluso violentamente su autodeterminación.

Un ejemplo de lo anterior, haciendo abstracción histórica, sería el caso clásico de los conflictos de secesión y los conflictos más frecuentes y actuales de minorías culturales o étnicas que se consideran segregadas y reclaman autonomía, también con cuotas de sangre muy altas, como ETA en España, por citar un ejemplo.

La segunda idea, de mucha más actualidad e importancia, sobre todo por el tema que nos convoca aquí, como son las repercusiones geopolíticas de los acontecimientos del 11 de Septiembre, puede ser abordado bajo el subtítulo de las falacias del maniqueísmo imperial. Tras las columnas de humo desatadas por el colapso de las Torres de Manhattan hay todavía una cortina más densa. Es la cortina de la política exterior norteamericana de presentar el conflicto como una guerra que libra la democracia y el mundo civilizado de Occidente contra la barbarie y el fundamentalismo de un grupo terrorista islámico.

Por consiguiente, esa cortina de humo hay que empezar a difuminarla, afirmando que en el contexto internacional y en las alianzas que está tejiendo rápida y eficazmente el gobierno de Bush, lo que hay detrás es su afán por

reconfigurar su hegemonía en Asia Central y el Oriente Medio, desafiada violentamente por grupos como Al Qaeda y el fundamentalismo de Ben Laden, al proclamar que Estados Unidos no conocerá seguridad interna, ni tranquilidad hasta que el último de los soldados norteamericanos abandone el Oriente Medio.

La reconfiguración de esa hegemonía amenazada, la está haciendo el Gobierno norteamericano a través del Estado Paquistaní, utilizándolo como un gigantesco portaaviones en tierra, y de incondicionales regímenes teocráticos y autoritarios como el de Arabia Saudita, de donde es originario Ben Laden. Y esto es necesario recordarlo, para refutar así ese maniqueísmo que pretende hacer aparecer el conflicto como la lucha a muerte entre el terrorismo y la democracia, cuando Estados Unidos ha respaldado sin límite alguno el régimen teocrático y antidemocrático más represivo de los pueblos islámicos, como es el de Arabia Saudita.

Pero, ¿Cuáles serían los intereses y fines estratégicos que hay detrás de la reconfiguración de estas alianzas? Básicamente tienen que ver con la explotación de hidrocarburos en la región. Al respecto, citaré en extenso el análisis de un especialista en esta materia. Se trata del artículo de Olivier Roy, titulado "Los talibanes: sharía más gasoducto".

En dicho artículo, escrito en Noviembre de 1996, plantea como el gobierno de Pakistán siempre ha tenido un interés estratégico por "abrir un corredor de acceso a Asia Central, con el fin de asegurar a Islamabad un aprovisionamiento de energía, un papel estratégico destinado a obtener el apoyo norteamericano y las rentas proporcionadas por el tránsito de hidrocarburos... El artífice de ese proyecto es la compañía petrolera norteamericana Unocal, asociada a la firma saudí Delta Oil, que ha suplantado a la sociedad argentina Bridas ante el presidente de Turkmenistán. Ese gasoducto, cuyo costo estimado es de 2.000 millones de dólares y que sería doblado con un oleoducto, responde a las prioridades norteamericanas: asegurar un enlace directo para evacuar los hidrocarburos de Asia Central y de la zona del Mar Caspio, en donde las compañías norteamericanas investigan masivamente; reforzar el aislamiento de Irán -dogma actual de Washington-, que es el candidato natural al trazado del gasoducto, gracias a su proximidad con los lugares de producción y a las infraestructuras ya instaladas."<sup>2</sup>

Aquí es necesario hacer un poco de historia, pues como todos sabemos en la guerra de la ex-Unión Soviética durante su ocupación de Afganistán, Estados Unidos jugó la carta del "enemigo de mi enemigo es mi amigo", y respaldó así a las organizaciones y combatientes sunnitas más radicales, entre los que se contaba Osama Ben Laden, en su lucha contra el que fuera

<sup>2</sup> - ver "Geopolítica del Caos. Le Monde Diplomatique. Edición Española. Temas de Debate. págs 223-224. Edición Mayo de 1999.

considerado el imperio del demonio, según la política igualmente maniqueísta del entonces Presidente Reagan contra el comunismo. Es así como incluso, nos dice Roy, en "Octubre de 1994, el embajador norteamericano en Pakistán, John C Monjo, acompañó al ministro del interior Paquistaní en la zona controlada por los talibanes, al oeste de Afganistán, sin autorización del Gobierno legal del país. Estados

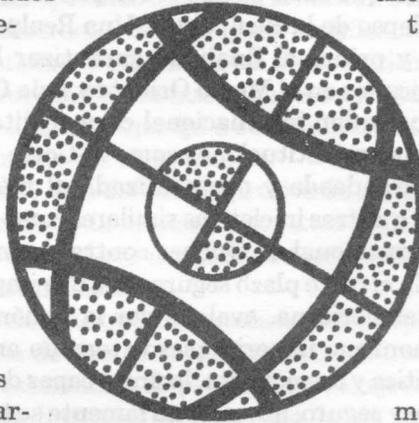
Unidos ha considerado siempre al gobierno de Rabani y Massud como una facción más entre otras, y no se plantearon nunca reabrir su embajada en Kabul. Sin embargo, apenas cayó la ciudad en manos de los Talibanes, el Departamento de Estado norteamericano publicó un comunicado calificando de "positiva" su victoria y anunciando el envío de una delegación oficial a Kabul."<sup>3</sup>

Retomando lo anterior, quisiera resaltar dos cuestiones en relación con la función y especie de enorme cortina de humo que está extendiendo y consolidando la propaganda norteamericana, al reducir el conflicto a esa supuesta lucha entre el Occidente democrático y el Islam atrasado y teocrático, presente en el régimen Taliban.

La primera cuestión, es volver sobre la estrecha relación existente entre el maniqueísmo y la guerra, para insistir que es una relación mentirosa y perversa. Al respecto, vale la pena recordar que George Bush, padre, también declaró durante su presidencia otra guerra imposible de ganar, la guerra contra el narcotráfico, semejante a la guerra

contra el terrorismo que ahora declara, como legítimo heredero de la ideología paterna, George Walker Bush. Y es una relación mentirosa, porque oculta que en ambas guerras la fuerza dinamizadora no es de carácter externo, sino fundamentalmente interno, con epicentros en la sociedad y el Estado norteamericano respectivamente.

Así, en el caso de la guerra contra el narcotráfico, la sociedad norteamericana no asume su responsabilidad de ser la mayor estimuladora de violencia y crimen con su consumo creciente de cocaína y heroína. Desde esta perspectiva, habría que reconocer que el enemigo es ubicuo, se encuentra tanto en la sociedad norteamericana como por fuera de ella, en cierta forma está desterritorializado y no es un blanco



<sup>3</sup> Op cit, pág 224.

fácil. Pero en ambos casos, hay que decir con claridad que la fuerza dinamizadora es de orden centrípeta y no externa o centrífuga, como repite hasta la saciedad la propaganda norteamericana. Y lo perverso de esta política, que ocultan los estrategas y responsables de la política exterior norteamericana, es que fueron sus alianzas, totalmente inescrupulosas, las que engendraron y fortalecieron organizaciones como Al Qaeda o La Base, de Ben Laden, que ahora advierte a los propios ciudadanos norteamericanos que no conocerán la seguridad y tranquilidad en su territorio hasta que el último de sus soldados salga de Oriente Medio.

Por último, para terminar con la tercera idea anunciada al principio, sobre los tipos de política que están en disputa en la actual situación internacional. Lo primero que habría que decir es que el colapso de las Torres de Manhattan es también el colapso de la Realpolitik. Una Realpolitik que tiene como única preocupación y principal finalidad garantizar la hegemonía de los intereses norteamericanos en el Medio Oriente y Asia Central, en desmedro del surgimiento de un orden internacional cosmopolita y democrático, que tímidamente se asoma en instituciones como la Corte Penal Internacional, no gratuitamente torpedeada y obstaculizada al máximo por el Estado Norteamericano, junto a otras iniciativas similares como el Protocolo de Kyoto y la Convención Internacional de Quebec contra las minas antipersonales, que no ha suscrito. En el corto plazo seguramente se impondrá la perspectiva político-militar norteamericana, avalada por la Unión Europea, pero está claro que ese hegemonismo imperial pierde terreno ante la emergencia de una política democrática y cosmopolita, la única capaz de garantizar un orden internacional estable y seguro, que necesariamente se traducirá a mediano y largo plazo en reformas sustanciales a las Naciones Unidas y en nuevas instituciones como la Corte Penal Internacional.

